

## 4: LA HISTORIA DEL DOCUMENTO YAHVISTA

Hasta aquí, me he centrado en el modo en que fue tomando forma la Toráh, texto que contiene los materiales más antiguos de la Biblia. La Toráh, o "La Ley" o "Los Libros de Moisés", es el nombre judío para los primeros cinco libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Su formación literaria no fue tal como muchas personas aún creen en la actualidad que sucedió. Nadie, incluido Moisés, se sentó un día y empezó a escribir. De hecho, la Toráh se escribió durante un período de 500 años, y por una serie de autores. Muchas de las historias contenidas en esta parte de la Biblia fueron una combinación de mitos, cuentos populares y propaganda política, con sólo una pequeña porción de historia real (si es que la hay). Las historias iniciales, desde Adán y Eva hasta el Diluvio no tienen relación alguna con hechos reales sucedidos tal cual, aunque aún haya alguna gente loca que trata de encontrar el arca de Noé en el monte Ararat. La primera huella de historia real aparece en el relato de Abraham pero es muy tenue. Si esta huella fuera cierta, Abraham habría vivido alrededor de 900 años antes que su historia fuera escrita en el libro del Génesis (o, como ya dije, el equivalente a 45 generaciones antes). Moisés, el principal personaje de la historia judía, habría vivido 300 años (o 15 generaciones) antes de que las narraciones acerca de él se escribieran en el libro del Éxodo, y unos 700 años antes de que lo fueran en el del Deuteronomio. Esto significa que la mayoría de estas narraciones no son históricas en el sentido actual de la palabra, sino que son, más bien, folklore interpretativo. Hay que recalcar esto una y otra vez porque, pese a ello, es difícil conseguir que esta verdad se acepte dado que la mayor parte de la gente ha crecido bajo el peso de 2.000 años de "literalización" y esta inercia continúa influyendo en la actualidad.

En esta columna, quiero rastrear con algo más de detalle el comienzo del llamado "Documento Yahvista", que los eruditos consideran la parte más antigua de la Toráh y, por eso, la fuente más antigua de la historia bíblica. Escribir la historia de un pueblo, que es lo que la Toráh pretende hacer, es una actividad que normalmente comienza sólo cuando una nación se ha establecido con suficiente seguridad como para iniciar el proceso de mirarse a sí misma con alguna objetividad. Mientras los judíos huían de Egipto a través del desierto, o mientras invadían y conquistaban la tierra de los cananeos, había poco tiempo e interés en transformar lo vivido en una narración escrita. Además, en el mundo antiguo, eran muy pocos los que eran capaces de escribir, pues dicha habilidad la tenía menos del 1% de la población. Por eso, quien escribió esta primera parte de la Toráh debió ser algún miembro destacado del gobierno o de la clase sacerdotal. Escribir también requería considerable riqueza, o por lo menos acceso a ella, puesto que tanto los pliegos de cuero como la tinta eran extremadamente caros. De modo que podemos asumir que tanto la educación como la riqueza caracterizaban al autor de este material bíblico. Por consiguiente, tal persona reflejaría, inevitablemente, las actitudes y prejuicios de la clase dominante a la que él pertenecía; y, por último, si usó el pronombre masculino "él" no es por insensibilidad sino porque el hecho es que, en aquella época los privilegios, el estatus y la educación no habían llegado a las mujeres.

El Documento Yahvista se ha llamado así porque siempre que menciona a Dios lo llama Yahvéh (YHVH), nombre revelado a Moisés por él mismo en la escena de la "zarza ardiente", según el texto. En hebreo, estas consonantes se identifican con el verbo "ser" y se tradujeron, en el libro de Éxodo, como "Yo soy el que soy". Dado que el verbo "ser" es el verbo fundamental de cualquier lengua, parecía un nombre apropiado para la divinidad a la que se considera el fundamento de la identidad de la tribu. Cuando el conjunto del material Yahvista se separa del resto de la Toráh y de los otros conjuntos de materiales posteriores, de inmediato se hace visible su ambiente histórico.

La nación judía ya existía. Saúl, el primer rey, de la tribu de Benjamín, había sido incapaz de conservar su trono. La narrativa Yahvista describe a Saúl como un hombre melancólico y depresivo, que no pudo unir a las tribus de Israel. Cuando junto a él murieron todos sus hijos, excepto uno que estaba lisiado, en una batalla contra los filisteos en el Monte Gelboé, su trono lo reclamó su propio jefe militar, llamado David. David es claramente el personaje principal del autor del texto Yahvista. Este autor presenta a David como escogido por Dios, ungido por el profeta Samuel, destinado a ser rey de los judíos desde temprana edad, cuando de niño pastoreaba las ovejas de su padre, Jesé. Tal como suele ocurrir con los líderes populares, en torno a él se fueron acumulando relatos heroicos en la memoria del pueblo. Se contaba que, en su juventud, no sólo había matado a un león y a un oso sino que, finalmente, había terminado con Goliath, un gigante filisteo.

Cuando David reclamó el trono para sí, el Yahvista cuenta que inmediatamente ejecutó una serie de acciones políticas para dar solidez a su solicitud y ganar el apoyo popular. Ordenó un período de duelo nacional por la muerte de Saúl y de sus hijos, castigó a cualquiera que se alegrara de la caída de éste y planeó la conquista de Jerusalén, la ciudad de los jebuseos, para hacer de ella su propia capital. Si quería reunir a todas las tribus de Israel en una sola entidad política, necesitaba una ciudad neutral como símbolo de la nueva unidad a la que quería convocar a las tribus dispersas de su pueblo. Estas tácticas dieron resultado. Con su poder firmemente establecido dentro de su nación, David comenzó a expandir su reino militarmente. Así coronó la prueba final de un monarca: completar un reinado de 40 años, pasar el trono a su hijo Salomón y establecer así la continuidad de la nación con una familia real al frente. Uno de sus últimos actos, según esta narración, fue delegar en su hijo Salomón la tarea de edificar el Templo que haría de Jerusalén no sólo el centro político sino la capital espiritual del pueblo judío. Con estas tres instituciones establecidas (el trono de David, la ciudad de Jerusalén y el templo de Salomón, construido en la primera década del reinado de éste), ya había llegado el momento en que alguien incorporara a la nación la memoria de su propia constitución como tal: la corriente de la historia, la crónica nacional. Tal es el trasfondo en el que a un alguien de la corte, quizás un miembro de la misma familia real, o quizás un sacerdote relacionado con el Templo, o quizás alguien que reunía ambas condiciones, se le encargó, probablemente por el mismo rey, escribir la historia del pueblo hebreo.

Así es como nació el primer material de lo que luego fueron las "Sagradas Escrituras". La fecha de todo esto fue alrededor del 950 a.C. Salomón llevaba en el trono una década. El pueblo judío se había enriquecido con la afluencia de tributos por parte de los pueblos conquistados por David. Esta parte del Medio Oriente se hallaba entonces en paz. El templo, considerado como el lugar que Dios habitaba en la tierra, ya estaba terminado y la vida de la nación descansaba confiada y en paz

entre brazos de sus dos protectores: Dios y el rey. Era, pues, el momento de escribir la historia de los orígenes de aquella situación. Y así empezó el trabajo del Yahvista como escritor. Cuando la historia quedó terminada, la imagen de Israel, como pueblo elegido por Dios, estaba asegurada. Reforzaron la imagen de esta elección tres proclamaciones básicas: Dios había escogido a la casa de David, y por tanto a la tribu de Judá, para regir al pueblo elegido; la voluntad de Dios se expresaba por medio del templo en el que Dios vivía como presencia protectora; y el sumo sacerdote y el clero eran los encargados específicos de cuidar el orden de la vida cúlrica de la nación como signo de la continua bendición de Dios.

Tan pronto como estuvo terminado este gran relato, y tal como ocurre con toda escritura sagrada, empezó a leerse como parte del culto de la comunidad congregada para la adoración en el templo. Así fue como esta narración alcanzó su estatus de autoridad como "verdad revelada por Dios". Un estatus ciertamente fomentado por los sacerdotes, a quienes venía muy bien este aura de santidad en torno a las palabras del relato y que también sirvió a los intereses de la familia real puesto que la llamada "Palabra de Dios" afirmaba su derecho a reinar como algo proveniente de Dios mismo. Por otra parte, así quedó establecido el rol de Jerusalén en la vida nacional como capital y símbolo de la unidad del pueblo, de manera que los poderes dispersos se unificaron y concentraron en ella. El pueblo judío, que hacía tan poco era aún un frágil tejido confederado, regido por jueces locales que realizaban la adoración en santuarios ubicados en Hebrón, Batsheba y Bethel, encontraba ahora su unidad en una nueva federación impuesta, nada menos, como expresión de la voluntad de Dios.

En un mundo en el que no había separación entre iglesia y estado (o entre religión y política) este primer texto que luego se convertiría en el primero de unas Escrituras mucho más complejas, fue, de hecho, algo muy político. Al contar la historia judía desde la Creación y desde Adán hasta Abraham, el autor unía el inicio universal de la historia humana con el amanecer de su propia historia nacional. Al relacionar las historias de Abraham, Isaac, Jacob y José, este texto estableció además, tanto legítima como moralmente, la autoproclamación judía de su derecho de propiedad sobre la tierra que habían de hecho conquistado. Al incorporar los antiguos santuarios de Hebrón, Batsheba y Bethel, este autor identificó las tradiciones religiosas del pasado con un nuevo centro en Jerusalén, concebido como su último y mayor sucesor. Al contar la historia anterior a la esclavitud en Egipto, reconstruyó la reputación nacional. En su mejor versión, este texto fue una admirable autopropaganda política y un intento poderoso y efectivo de definir el significado de ser judío como ser un miembro del "pueblo elegido".

¿Qué ocurriría si la nación judía se dividiera alguna vez a causa de una guerra civil? Dicha rebelión sería contraria a las Escrituras, al Templo y al Rey. Fue justo lo que ocurrió en algún momento entre el año 920 y la muerte de Salomón. Fue en ese momento cuando apareció el segundo conjunto de materiales que componen la actual Toráh. Pero esa historia la examinaremos en la siguiente entrega de esta serie.

– John Shelby Spong